

## EL CULTO COMO INDICE DE LA REALIDAD DE LA IGLESIA

**Por: Orlando Costas**

“El culto”, ha dicho un teólogo europeo, “es la respuesta más concreta a la pregunta hecha para saber dónde está la iglesia”.<sup>1</sup> Con esto concuerda la tradición litúrgico-teológica de la iglesia cristiana. Porque si en algo él ha logrado un consenso a lo largo de su historia es en cuanto al papel importante que desempeña el culto en su vida y misión. Ya lo vemos en Hechos dos, donde se nos dice que los cristianos de Jerusalén

*perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones (Hch. 2:42).*

Lo vemos a lo largo del Nuevo Testamento,<sup>2</sup> la Patrística<sup>3</sup> y la Reforma.<sup>4</sup> En nuestro siglo, especialmente en las últimas dos dé-

cadass, el culto ha ocupado una gran porción de la reflexión teológica de la iglesia cristiana, como bien lo reflejan los documentos del Vaticano II<sup>5</sup> y el movimiento de renovación litúrgica.<sup>6</sup> Desde el punto de vista de la tradición litúrgica, el culto ocupa, pues, un lugar céntrico en la vida y misión de la iglesia.

Surge, sin embargo, una pregunta importante: ¿En qué sentido se puede hablar del culto como el índice de la realidad que vive la iglesia? ¿Cómo puede una actividad semanal<sup>7</sup> que apenas ocupa una minúscula parte del tiempo de los fieles revelar la realidad de su vida como comunidad? Esta pregunta puede contestarse desde una doble perspectiva.

**El culto reúne a la iglesia y le permite tomar conciencia de sí misma y de su misión.**

En primer lugar, se puede considerar al culto un índice legítimo de la realidad de la iglesia porque la reúne y le permite tomar conciencia de sí misma y de su misión en el mundo. El culto es el momento cuando los fieles, dispersos en misión en las diferentes áreas de la sociedad, se reúnen para dar testimonio de su unidad esencial y misionera. El culto es una dramática demostración de la catolicidad de la iglesia. Es éste el significado del pan eucarístico (1 Co. 10:17). De ahí la designación que suele dársele en la literatura litúrgica de los primeros siglos al llamársele, entre otras cosas, “iglesia” y “misa”.

El primer de estos términos se usa en la tradición bíblica para designar al pueblo de Dios en Cristo. Fue la palabra griega (*ekklesia*) que escogieron los Setenta para traducir, generalmente hablando, el término *qâhâl*. En Dt. 4:10 “el *qâhâl* Yahvé es la asamblea del pueblo salvado de Egipto y confirmado como pueblo santo en el Sinaí, hasta tal punto que este encuentro solemne entre Dios y su pueblo se llamará de una forma casi técnica “el día de la asamblea” (*iom hâqâhâl*, Dt. 9,10; 18,16)”.<sup>8</sup> Ello representa un uso marcadamente diferente al que se le da en el griego clásico, donde casi siempre se refiere en forma exclusiva a una asamblea política.<sup>9</sup> Normalmente, cuando el NT emplea esta palabra no la usa en un mero sentido jurídico o sociológico, sino como término litúrgico, es decir, en referencia a la asamblea de los fieles congregada para adorar (1 Co. 11:18,22; 12:4s, 12, 19, 23, 28, 33s).

Ello indica que el culto es una gran asamblea de la comuni-

dad cristiana, “reunida para encontrar al Señor” y para ser ella misma “en y por este encuentro”.<sup>10</sup>

Esa reunión, sin embargo, no es un fin en sí misma. Antes bien, es una especie de interludio. Es una celebración de la actividad y presencia pasada y futura de Dios en su medio. Es una “misa”<sup>11</sup> un gran acto misionero. Reúne a los fieles para enviarlos de nuevo al mundo. En otras palabras, el culto hace a la iglesia aparecer no solo como comunidad católica y bautismal (redimida), sino también como comunidad escatológica y misionera.

#### El culto refleja el nivel de compromiso que ha contraído la iglesia con el mundo

En segundo lugar, el culto es un índice de la realidad que vive la iglesia porque refleja, en gran medida, el nivel de compromiso que ha contraído con el mundo.

El culto actualiza el compromiso de Dios con la humanidad y su condición precaria, ya que celebra y proclama la victoria de Cristo sobre las potencias de este mundo. Al celebrar y proclamar al salvador, la iglesia actúa como comunidad profética y sacerdotal. Como tal, anuncia el fin del mundo como la esfera de actividad de las potencias demoníacas y el advenimiento de un nuevo orden de vida. Así, la iglesia anuncia los designios y propósitos salvíficos de Dios para con el mundo, intercede por él y se consagra al servicio de Dios en éste. En pocas palabras, el culto pone de manifiesto tanto el estado transitorio del mundo como su futuro bajo Dios; no sólo su muerte y derrota, sino su resurrección.

Pero el culto no sólo actualiza el pasado y futuro distal, sino también el proximal. El culto dramatiza la vida de la iglesia durante la semana que acaba de pasar y su futuro inmediato una vez pronunciada la bendición pastoral. Es un acontecimiento que saca a la luz las preocupaciones más íntimas de una congregación. Las oraciones que se elevan, el sermón que se proclama y los anuncios que se hacen sirven de regla de medida para determinar el contenido ético-teológico de una congregación. Revela hasta qué punto esa iglesia está orientada hacia el mundo. Indica si esa comunidad toma en serio su misión profética, sacerdotal y real (1 Pe. 2:9, 10), si está integrada o desligada de la sociedad, si se ve a sí misma como sierva o primadona, si concibe su culto como un refugio alienante o como una celebración liberadora; en fin, el culto pone de manifiesto la naturaleza y misión concreta y existencial de esa congregación.

El culto dramatiza, además, la interacción de la iglesia con la cultura. Puesto que es un gran sacrificio (1 Pe. 2:5) que la comunidad de fe ofrece a Dios en una situación histórica concreta, necesita expresarse por medio de los elementos culturales característicos de la misma. Ello implica que todo culto necesita ser indígena. Lo indígena es lo que brota o nace, crece, funciona y vive dentro de una situación histórico-cultural específica. El culto necesita ser el reflejo vivo de una iglesia indígena—que surge, vive y actúa en medio de su ambiente cultural.

Lo dicho se desprende de la realidad sociológica de la iglesia. Esta halla expresión en determina-

das situaciones. De ahí que no se pueda hablar de una iglesia homogénea. La iglesia es un organismo heterogéneo. Por tanto, necesita ser indígena. Es decir, necesita ser verdaderamente parte de la sociedad en donde se encuentra ubicada.<sup>12</sup>

Para que una iglesia sea verdaderamente indígena (prerrogativa indispensable por cuanto no hay tal cosa como una cultura "revelada" ni una iglesia modelo—¡excepto la del cielo!<sup>13</sup>) necesita entrar en diálogo crítico con su medio ambiente cultural.

Ello exige un compromiso auténtico con la cultura. Sólo una iglesia identificada de pies a cabeza con la cultura del pueblo al cual sirve podrá dialogar críticamente con la misma. El culto es un buen índice para medir el grado de compromiso de una iglesia con la cultura. Elementos culturales como los himnos, el sermón y los avisos; expresiones litúrgicas, como la estructura arquitectónica y las decoraciones que caracterizan el lugar de culto, los movimientos corporales, los gestos, el ritmo y las actitudes; y la clase de oficiantes-participantes revelan la intimidad de interacción de una congregación con su cultura.

El culto es, pues, el corazón de una congregación. Es el centro de la vida comunitaria. Sin culto, la iglesia se muere por cuanto su propósito último es dar gloria a Dios (Ef. 1:3-6) y su misión es convocar a los hombres a celebrar una gran fiesta a Dios Padre por medio de su hijo Jesucristo (Mt. 8:11; 22:2ss; Lc. 14:15ss; Ap. 19:9).<sup>14</sup> De ahí que la vida parroquial deba ser juzgada por el culto. Como bien afirma von Allmen:

*... el culto es en cierta forma el criterio de la vida parroquial: es sano lo que es apto para encontrar su sitio en el culto, lo que soporta orientarse hacia él y lo que puede dar fácilmente fruto con vistas al mismo; es malo lo que no soporta esta implantación u orientación. Una catequesis que no tenga la meta de sostener a "los adoradores que el Padre busca" (Jn. 4:23) estaría viciada. Una organización parroquial que se desinteresase del culto sería parasitario. Una diaconía que no quisiera aparecer como aceptadora de la intercesión de la Iglesia estaría profanada. Cuando se ve la agitación que sacude a tantas parroquias y que las hace confundir el insomnio con la vigilancia, se desearía, a veces, imponerles un año sabático, en el que no tendrían otra actividad que el culto parroquial, para que aprendan de nuevo a ser lo que deben hacer o no, teniendo en cuenta este centro. Probablemente podrían dejar muchas más actividades de las que creen al estar sumergidas en esa agitación.* 14

La iglesia vive, por tanto, gracias a su culto. De ahí que no pueda haber iglesia sin culto. "Este está efectivamente vivo con sus movimientos de diástole y sístole, como el corazón".<sup>15</sup> Así como el corazón es una bomba aspirante e impelente en el cuerpo humano, así es el culto una bomba que marca la expansión y contracción de la iglesia. Nos encontramos, pues, con dos conceptos similares a los

del centrifugismo – centripetismo de la teología misional. Es decir, la expansión centrífuga que caracteriza la actividad apostólica de la comunidad de fe al salir fuera de sus cuatro paredes e ir al mundo "para mezclarse como la levadura con la masa, para darle gusto como su sal, para permitirle ver como su luz"; y la contracción centripeta que caracteriza a la iglesia viniendo "hacia el culto . . . , desde el mundo, como un pescador que recoge sus redes o un campesino que guarda su cosecha".<sup>16</sup>

Al afirmar que el culto constituye el índice de la realidad que vive la iglesia quiero decir, entonces, que el culto, en su esencia, hace aparecer a la iglesia como lo que debía de ser – una comunidad bautismal, nupcial, católica, escatológica, diaconal y apostólica. Aún más, el culto hace aparecer a la iglesia como lo que es en su vida cotidiana: revela el nivel de compromiso que ha contraído con Dios, su misión y el mundo. Es aquí donde el culto deja de ejercer un papel descriptivo revelador de lo que es y debía de ser la iglesia y adquiere un carácter normativo. Porque al revelarle a la iglesia su estado y al dramatizar la esencia de su fe y misión la juzga y la llama al arrepentimiento. Por lo tanto, si queremos ver el estado de una iglesia, examinemos su culto; si hay necesidad de una genuina y profunda renovación, comencemos con el culto. Porque al ir al culto estaremos yendo al corazón mismo de la iglesia.

## NOTAS:

1

A.D. Müller, *Grundriss der praktischen Theologie*, citado por J.J. von Allmen, *El culto cristiano*

(Salamanca: Sígueme, 1968), p. 51

<sup>2</sup> Cp. Oscar Cullman, **La fe y el culto en la iglesia primitiva** (Madrid: Studium, 1971), pp. 145-179; D. Gerhard Dellling, **Worship in the New Testament** (London: Darton, Longman and Todd, 1962), para mencionar solo dos de los estudios más destacados.

<sup>3</sup> Cp. Stuart Benedict, **Desarrollo del culto cristiano** (Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1962); I.H. Dalmais, **Las liturgias orientales** (Andorra: Casal I. Vall, 1960); William D. Maxwell, **El culto cristiano** (Bs. Aires: La Aurora, 1963); Mario Richtti, **Historia de la liturgia**, Tomo I (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1955), entre otros.

<sup>4</sup> Cp. Maxwell, pp. 9ss; Von Allmen, pp. 52 (donde cita en respaldo la **Confesión de Augsburgo** y la **Confesión escocesa de 1560**) y pp. 16-18 (donde da una lista bibliográfica de obras básicas sobre la historia y la teología del culto, algunas de las cuales se refieren específicamente a la tradición reformada).

<sup>5</sup> "Constitución sobre la sagrada liturgia", en **Documentos completos del Vaticano II** (Santander: Sal Terrae, 1967), pp. 92-124.

<sup>6</sup> Sobre el movimiento de renovación litúrgica se ha escrito mucho tanto en círculos protestantes como católicos. Aquí solo quiero hacer referencia a algunos artículos y libros que tratan con el asunto: Guilherme Barauna, **A Sagrada Liturgia Renovada pelo Concilio** (Petrópolis: Editora Vozes, 1964); J. Lescranmaet, "El

Consejo Mundial de las Iglesias y la reforma litúrgica", en **Concilium** (Madrid). No. 42 (febrero, 1969), pp. 263-273; Alfred L. Shands, **The Liturgical Movement and the Local Church** (London: SCM, 1959); Herman Volk, **A Liturgia Renovada - fundamentos teológicos** (Petrópolis: Editora Vozes, 1968).

<sup>7</sup> Reconozco que en América Latina gran parte de las iglesias evangélicas tienen varias actividades a la semana, todas similares. Sin embargo; en casi todas el culto de los domingos, bien por la mañana o por la noche, ocupa un lugar importante. Aunque no excluyo los otros cultos, en este trabajo me refiero principalmente al culto grande y más importante de la iglesia, es a saber, el que se celebra el domingo.

<sup>8</sup> von Allmen, p. 41.

<sup>9</sup> Cp. Xavier Leon-Dufour, "Iglesia", en **Diccionario de vocabulario bíblico** (Barcelona: Herder, 1969), pp. 357,358; von Allmen, *op. cit.*

<sup>10</sup> *ibid.*, p. 42.

<sup>11</sup> Cp. von Allmen, p. 51. Afirma von Allmen, muy acertadamente, que a partir del siglo IV el término "misa" suplanta poco a poco en occidente a todos los demás para designar el culto, y aunque se elimina por completo en la tradición reformada y anglicana, logra permanecer parcialmente en el luteranismo. Pese a que "su origen provoca ciertas dudas. . . parece cierto", no obstante,

. . . que viene del bajo latín, *missa-missio-envío, despido*; con otras palabras, el último acto. . . , la despedida so-

lemne para enviar de nuevo a los fieles al mundo (cf. Lc. 24:46-53), había dado su nombre a todo el culto, en cierta manera para subrayar su razón de ser en un mundo que no es aún el reino.

12

En este sentido hay que ver la encarnación no sólo como una necesidad teológica, sino también sociológica. La iglesia necesita encarnarse en una situación concreta. Caso contrario, será un quiste en su propio ambiente, ajena a la experiencia sociocultural de la sociedad a la que pertenece y pretende servir. Será una estructura alienante y alienadora porque estará identificada con una situación sociocultural extranjera. Esta ha sido precisamente la gran tragedia de muchas de las llamadas iglesias jóvenes—han seguido el patrón cultural de la iglesia madre. Han adoptado la misma clase de estructura orgánica, el mismo patrón de liderazgo ministerial, el mismo sistema cultural, etc. En otras palabras, han desarrollado un estilo de vida extraño a su propia situación.

13

Aun la iglesia del Nuevo Testamento era una iglesia imperfecta, llena de desbarajustes, víctima de su propia situación cultural, como bien lo revela Hchs. 15, I Corintios, Gálatas, las epístolas juaninas, el Apocalipsis, etc.

14

Es interesante notar el papel tan importante que desempeña la celebración sacrificial en la liberación israelita de Egipto (Cp. Ex. 3:18:5:3). Ello acentúa la intrínseca relación que se deja ver en la teología bíblica entre culto y sacrificio. Como bien he dicho en otro trabajo:

En la teología bíblica no se concibe el templo sin cul-

to ni el culto sin ofrenda sacrificial. Ello es tan claro que no creo que sea necesario entrar en detalles. Basta con una ojeada rápida al A. T. para convencernos del hecho de que cuando sus escritores "esbozan a grandes razgos su fresco de la historia, no conciben vida religiosa sin sacrificio" (cp. Gé. 4: 1-4; 8:20; 14:18; 15:9; Ex. 5:3; 18:12; Jere. 20:26; 1 R. 8:64; Esd. 3:1-6; Jon. 1: 16; Is. 56:7; 66:20; Mal. 1: 11, entre otros). Esta misma idea vuelve a aparecer en el N.T. Es cierto que el culto del N.T. tiene un carácter diferente. No se da en un lugar santo, ubicado especialmente, ni se fundamenta en la práctica antigua del ofrecimiento repetido de sacrificios animales. Sino que se da en donde quiera que haya un encuentro de Cristo con su pueblo por medio del Espíritu Santo (cp. Mt. 18:20; Jn. 4:20-26; Hch. 6:17s; 7:48ss) y se fundamenta en el sacrificio de sí mismo que Jesús mismo ofreció al Padre una vez y para siempre en favor de todos los hombres (cp. He. 9: 11ss). Sin embargo, recobra el antiguo sentido al atribuírsele a la iglesia el carácter de templo de Dios, al plantearse su misión en la perspectiva del culto (Ef. 1: 5,6; 1 P. 5:9) y al considerársele una comunidad sacerdotal (1 P. 2:5,9; Ap. 1:6; 5:10; 20:6).

15

2von Allmen, p. 54.

16

1Ibid.

17

2Ibid.